

Krauze: ensayista liberal

José Woldenberg

A lo largo de poco más de tres décadas, el historiador Enrique Krauze se ha distinguido como una conciencia crítica y analítica de cara al devenir político del país. Su enfoque liberal y de defensa de la democracia y los derechos humanos ha ido de la mano de una prosa transparente y efectiva, como señala José Woldenberg, ex consejero presidente del Instituto Federal Electoral y autor de El desencanto.

Hizo bien Enrique Krauze en reunir y ordenar sus artículos políticos. En conjunto, *Por una democracia sin adjetivos* (1982-1996) y *Del desencanto al mesianismo* (1996-2006) ofrecen la biografía intelectual del autor, recuerdan e ilustran los debates de nuestro pasado inmediato, documentan los afanes democratizadores de Krauze y sus alegatos sucesivos, forman parte de la historia de las ideas del país e incluso pueden leerse como una de las piezas que conforman el inmenso mural del tránsito democratizador y su secuela desencantada.

Los libros pueden leerse como una película o ser observados como una serie de fotografías. Me explico. Dada la organización cronológica de los textos (aunque con sus idas y vueltas en el tiempo), uno puede seguir la secuencia, la película, la historia, pero puede tomar en forma aleatoria un artículo y tener un instante del debate, una foto, un momento.

Se trata de un libro rico, vehemente, provocador, escrito al calor de los acontecimientos, que ofrece y recla-

ma debate. He decidido solamente comentar cuatro grandes temas: *a)* la transición democrática, *b)* el liberalismo, *c)* el desencanto y *d)* la izquierda.

LA TRANSICIÓN. Tiene razón Enrique Krauze: durante varias décadas México estuvo cruzado por una batalla por la democracia. Y sus libros pueden leerse como él quiere: como una “bitácora” de ese combate. La democracia —dice— no sólo como elecciones libres sino como una “cultura de la civilidad, el diálogo, la tolerancia y el respeto a la ley”. Y estoy convencido de que lo fundamental de ese proceso transcurrió entre 1977 y 1996-1997. En esos largos, tensos y zigzagueantes años, México fue capaz de deconstruir un régimen autoritario y construir una germinal democracia. El movimiento estudiantil de 1968, en efecto, fue anunciador y las libertades democráticas estuvieron en el centro de sus reclamos. Por desgracia, la paranoia gubernamental cercenó esa manifestación de las nuevas aspiraciones que recorrían al país. No obstante, la represión fue incapaz de

contener las ansias de participación de amplias capas de la población: en las universidades, los sindicatos, las organizaciones agrarias y empresariales, pero también a través de los grupos guerrilleros de los setenta, de las nuevas publicaciones y partidos, se expresaban diagnósticos, sensibilidades y propuestas que no cabían ni querían hacerlo en el manto “protector” de la Revolución mexicana. Y ello, para quien quisiera verlo, demandaba de nuevas fórmulas para el gobierno de la sociedad, gobierno que requería asumir y ofrecer cauce a la coexistencia de la pluralidad política e ideológica asentada en la sociedad. En ese ambiente es que Enrique Krauze apuesta por la democracia: única salida —digo ahora yo— para que la diversidad política pudiera coexistir y competir de manera institucional y pacífica.

Por lo menos desde su agudo ensayo “Por una democracia sin adjetivos” (enero de 1984), pero también en “Chihuahua, ida y vuelta” (1986), y muchos más, se encuentran alegatos informados, sensibles, analíticos y cargados de referencias históricas, que otean cuáles serían los rumbos y las veredas por las que debe transitar México hacia la democracia, los obstáculos que enfrenta ese proyecto y las fuerzas y resortes que eventualmente pueden hacerlo realidad.

Krauze, con sus escritos, ayudó a asentar, extender y hacer pertinente a los ojos de muchos el ideal democrático. Polemizó con el autoritarismo de los gobiernos del PRI pero también con la o las izquierdas que no acababan (o no acaban) por hacer suyo ese horizonte y ese medio. Y en las páginas de los libros todo eso se encuentra presente con una prosa limpia, transparente, alejada del neolenguaje que se genera en la Academia, porque de lo que se trata es de intentar ampliar el debate a la plaza pública y no dejar que se constriña a los espacios universitarios.

Me gustaría, sin embargo, plantear dos campos de discusión: *a)* el papel de los gobiernos del PRI en el proceso democratizador y la centralidad de las sucesivas reformas electorales, y *b)* el rol de los partidos.

En el prólogo al primer libro, Krauze escribe: “Díaz Ordaz optó por la represión. Los cuatro gobiernos que lo siguieron hasta 1994... se resistieron también al ejercicio pleno de la democracia”. Dicho así, y si se subraya la palabra “pleno”, no tengo objeción mayor. En efecto, esos gobiernos escatimaron, retardaron, resistieron el cambio democratizador. Pero algunos de ellos, también, abrieron y reformaron y coadyuvaron a una transición democrática que se desplegó de manera lenta y trascendiendo infinidad de obstáculos y dificultades. Trataré de explicarme.

Durante el gobierno de López Portillo se llevó a cabo la primera reforma política. Vista desde ahora puede parecer mínima, pero en su momento no lo fue. ¿En qué consistió? En abrir las puertas para que las corrien-

tes político-ideológicas a las que hasta ese entonces se les mantenía artificialmente marginadas del mundo institucional-electoral pudieran ingresar a él. Y en inyectar una cierta pluralidad a la Cámara de Diputados con la nueva fórmula de su integración. Reformas mínimas pero estratégicas que permitieron que partidos como el Comunista, el Demócrata Mexicano, el Socialista de los Trabajadores, el Mexicano de los Trabajadores, el Revolucionario de los Trabajadores pudieran no sólo contender en las elecciones, explotando una serie de derechos y prerrogativas, sino también encontrar un espacio en la llamada Cámara Baja. Fue una reforma insuficiente, sin duda. Dejó de lado el problema central de los fraudes electorales, sin duda. Pero se trató de una reforma inaugural que en su despliegue creó las condiciones para que los partidos exigieran (y lograran) nuevas y más profundas transformaciones.

De igual manera, una de las reformas más regresivas en términos de la organización electoral fue la de 1986, que construyó una Comisión Federal Electoral hipercorrupta, en la cual el PRI tenía más votos que todos los otros partidos juntos e incluso si a ellos se sumaban los representantes del ejecutivo y el legislativo. Pero incluso en esa operación hubo modificaciones luminosas, como por ejemplo la creación de la Asamblea de Representantes del D. F., primer cuerpo colegiado plural por el cual pudimos votar los ciudadanos de la capital.

Por no hablar de las tres reformas sucesivas durante la administración del presidente Salinas de Gortari. Ciertamente, todas se realizaron bajo presión; cierto, México no podía ir a otras elecciones con las normas e instituciones que habían naufragado en 1988; pero también es cierto que en ese periodo se crearon el IFE y el Tribunal Federal Electoral, se reglamentó el financiamiento a los partidos y se estableció la fiscalización de sus ingresos y gastos, y en la difícil coyuntura de las elecciones de 1994 se innovó en muchos de los eslabones que componen la cadena electoral.

Digo todo esto porque me gustaría recuperar la historia de un proceso transformador que merece ser conocido en sus detalles. Y porque los textos de Krauze recuperan de manera elocuente y vívida los conflictos electorales, las movilizaciones, los reclamos, los triunfos, los cambios en los gobiernos y súmele usted. Sus análisis son sugerentes, enterados y arrojan luz sobre los acontecimientos. Pero, ¿curiosamente?, los momentos en los que se transformaron —reformaron— normas e instituciones no alcanzan la centralidad que (creo) deben tener. Se trata de los episodios constructivos que no transcurrieron ni en las calles ni en las urnas ni en los plantones, sino en los laberintos de las instituciones públicas, pero sin los cuales es imposible comprender de manera cabal por qué México pasó de elecciones sin competencia a elecciones altamente competidas, de un sistema



Enrique Krauze

de partido hegemónico a un sistema de partidos plural y relativamente equilibrado, y de un mundo de la representación básicamente monocolor a un espacio de la representación plural y cargado de pesos y contrapesos.

Ahora bien, en ese proceso los partidos políticos jugaron un papel fundamental. Fueron acicate y usufructuarios del proceso de cambio. Y desde su artículo —ya citado— “Por una democracia sin adjetivos”, Krauze se detenía en cada uno de ellos. Reclamaba al PRI que asumiera “formas partidarias modernas”, y con tino señalaba que su “única regeneración eficaz es (sería) la libre competencia política, desde el nivel municipal... Nada ayudaría más al PRI que reconocer los triunfos de otros partidos”. Del PAN decía que carecía de “líderes nacionales y grandes figuras”, que no había desarrollado un programa alternativo, y que en buena medida era una especie de “antiPRI”. Y de la izquierda señalaba que no estaba acostumbrada a la democracia, que estaba concentrada geográficamente y profesionalmente y que acarrea un legado ideológico no democrático. Era —yo lo estoy sintetizando de manera grosera— un buen dibujo de los haberes y carencias de nuestros partidos. Y en efecto, visto el proceso en retrospectiva, la mecánica del cambio democratizador acabó transformando a los tres.

El PRI, gracias a la competencia, a los fenómenos de alternancia, al poder del voto, pasó de ser un partido hegemónico, (casi) omnipotente, a un partido entre otros. El PAN, gracias a la mecánica electoral, se transformó de un partido testimonial en una auténtica opción de poder (gobernó por doce años al país) y en ese despliegue

forjó potentes y atractivos líderes nacionales y figuras destacadas. Y el PRD o la izquierda, lenta pero sistemáticamente pasó de los códigos revolucionarios a los democráticos. Los partidos —con sus conflictos y acuerdos— modularon y modelaron la transición, pero la transición también los modificó a ellos.

LIBERALISMO. No hay democracia posible sin el componente liberal. Eso lo afirma Enrique Krauze y tiene toda la razón. Pero democracia y liberalismo no son lo mismo —como él reconoce— y quizás en ese terreno es donde tengo más diferencias con Krauze. Él vio y pensó como muchos que la democracia era la llave para desencadenar las demás transformaciones. Escribió: “Todas las respuestas posibles giran alrededor del cambio, no único pero sí fundamental, que generaría todos los cambios: la democracia” (1986). Y en efecto, muchos quizá pensamos que un régimen pluripartidista, con elecciones recurrentes, capaz de construir un auténtico Estado de Derecho, podría ser el inicio de una transformación mayor que atendiera los enormes rezagos del país, sus desigualdades, asimetrías, contrahechuras. A ello me referiré al final cuando aborde al tema del desencanto.

Pero un liberalismo demasiado ensimismado lleva a Krauze a posiciones que se me hace difícil compartir. Un liberalismo al que, da la impresión, quiere contaminado de otras corrientes de pensamiento. Y ello, en muchos campos, puede acarrear derivaciones indeseables. Trato de explicarme. En su defensa de las libertades, por ejemplo, apuntaba: “se trata de restituir la libre propiedad de la tierra, la libertad del obrero, la li-

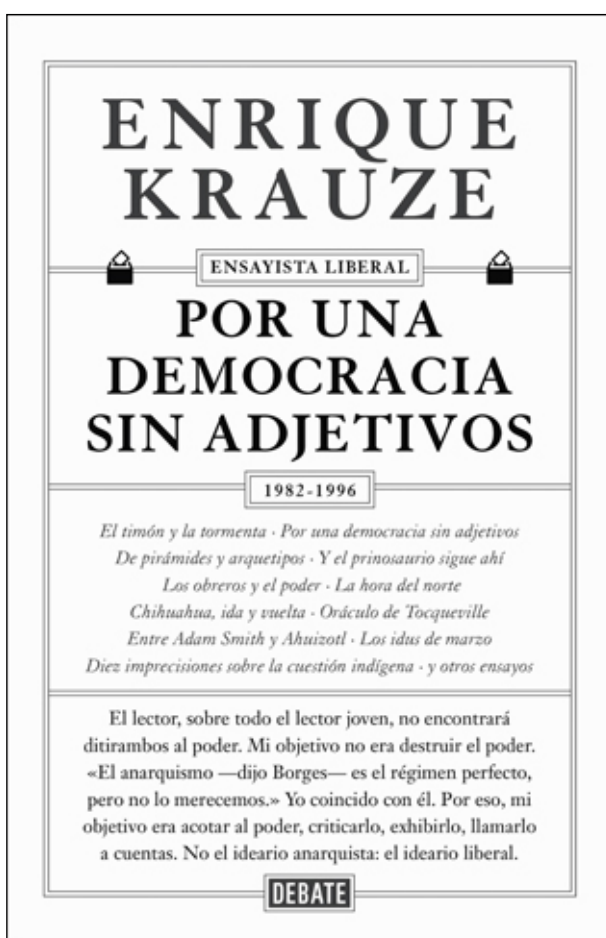
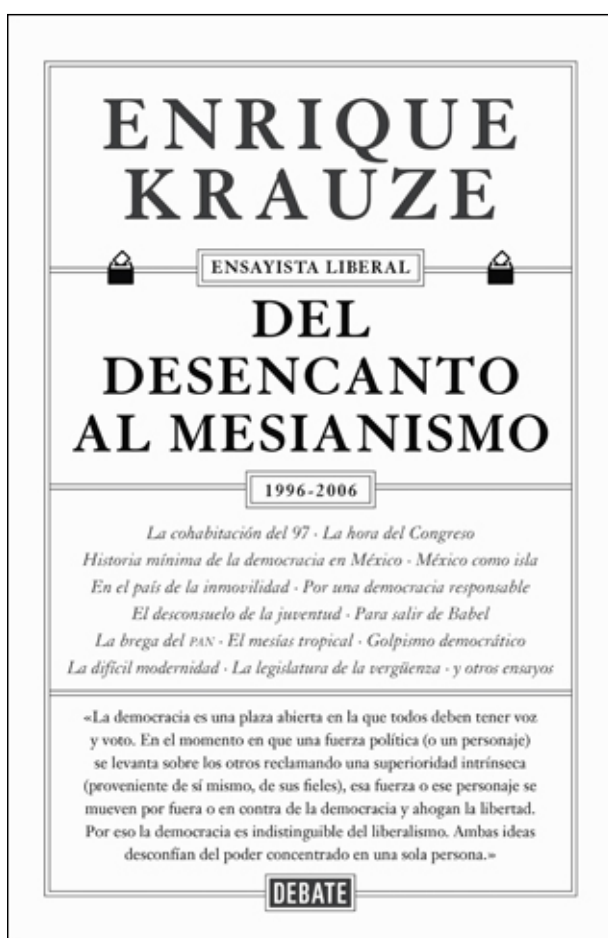
bertad de empresa, la libertad de enseñanza, la libertad política” (1991).

No creo que nunca se haya conculcado la libertad de empresa ni que el ejido, por ejemplo, no hubiese podido coexistir con la propiedad privada de la tierra de manera armónica. No obstante, ¿de verdad esperamos que la libertad de enseñanza se abra paso? ¿Que el día de mañana tengamos escuelas de dianética? ¿O que en una comunidad se prefiera al creacionismo sobre la teoría de la evolución? Lo que quiero ilustrar es que en materia educativa hay que conjugar al liberalismo con la corriente que emerge de la Ilustración y que entiende que la escuela no es una continuación mecánica de las familias (plagadas de supercherías de todo tipo), sino un espacio en el cual la ciencia y los conocimientos que se desprenden de ella deben ser la guía. De igual manera no entiendo el embate conceptual contra los intentos de anudar el liberalismo a la cuestión social. Es probable, como señala EK, que los liberales del siglo XIX pensaran que “el Estado liberal no debía intervenir en la vida social más allá de mantener el orden político y económico interno y externo”. ¿Pero es posible sostener lo mismo en el siglo XXI? Incluso apuntaba que “se ha visto que la intervención del Estado no corrige la pobreza y sí coarta la libre capacidad de los individuos para remontarla” (1992). ¿No sabemos o deberíamos saber que fueron los llamados Estados de bienestar europeos, construidos luego de la Segunda Guerra Mundial, los que con una dosis importan-

te de intervención estatal lograron reducir la pobreza, atemperar las desigualdades, expandir la educación y la salud (hasta hacerlas universales), mejorar la vivienda y el transporte, sin necesidad de erosionar las libertades individuales? Se trató de una combinación virtuosa de dos grandes corrientes de pensamiento: la liberal y la socialista (si se quiere la laborista), cuya contaminación mutua me parece aún hoy algo más que deseable. Sobre todo en un país como México, cuya falla estructural es precisamente la de su oceánica desigualdad.

EL DESENCANTO. Después de la transición democrática y de la alternancia en el ejecutivo se empezó a gestar un desencanto expansivo con nuestra vida política. Y EK lo detectó y alertó desde los primeros años del presente siglo. No se cansó de subrayar que el país había vivido, a pesar de todo, un “progreso político”, que el inédito equilibrio de poderes que obligaba a las fuerzas políticas a dialogar y negociar era un avance que debería ser aquilatado, que “la democracia no era un juego de suma cero”, que la transición había quedado atrás y que vivíamos, por fin, en democracia. Y en todo ello le asistía la razón.

No fuimos capaces, como sociedad, de socializar lo que representó el paso de un sistema piramidal autoritario a una germinal democracia. Y por ello muchos —demasiados— no aquilatan lo que ello significa en términos del ejercicio de las libertades y de convivencia de la diversidad política.



Pero EK detectó también que la inmovilidad o la aparente inmovilidad, las rutinas laberínticas y complejas del nuevo arreglo político que hacían “aburrida” y tortuosa a la política, los desencuentros recurrentes de las fuerzas en el Congreso, la falta de liderazgos a la altura de las circunstancias, las apuestas cortoplacistas, los déficits en el comportamiento de los medios, la Academia y el mundo intelectual estaban generando “desconfianza, desazón, descrédito y desesperanza” (2004). Y sin duda y por desgracia no se equivocó. Narra incluso su visita a la Facultad de Ingeniería de la UNAM en donde ofreció una plática a finales de 2004 y nos informa que: “traté de ponderar las ventajas de la democracia, pero no encontré mayor eco”.

Y, en efecto, el desencanto parece ir al alta. Y se dirige fundamentalmente contra los partidos, los políticos, los congresos y los gobiernos. El problema —el grave problema— es que no existe democracia sin esos actores e instituciones. Y ya lo vimos y lo estamos viendo en Europa, Estados Unidos y América Latina: ese malestar encuentra un cauce de expresión en la retórica antipolítica y pone en pie a aventureros de todo tipo que son capaces de conectar con los prejuicios dominantes. Por ello, creo que vale la pena intentar detenerse en las fuentes del malestar, porque la pervivencia y robustecimiento de nuestra germinal democracia en buena medida depende de ello.

Es necesario seguir dando la batalla de las ideas para refrendar la superioridad política y moral de la democracia sobre cualquier otro régimen de gobierno. Explicar nuestro proceso democratizador, la forma en que funciona la democracia a través de una serie de contrapoderes que hacen complejo su ejercicio, salirle al paso al fastidio que genera el pluralismo equilibrado instalado en los cuerpos legislativos, explicar las transformaciones que ha sufrido el régimen de gobierno (ya no hay por fortuna una voz que ordene y mande), la centralidad de los partidos (y la peligrosa aventura que significa andar exorcizándolos), y súmele usted.

Pero si no deseamos que el desaliento crezca y que el malestar en la democracia se convierta en un malestar con la democracia (como alertaba el PNUD hace más de diez años), es necesario hacerse cargo de cuatro grandes y graves problemas nacionales que sin duda afectan ya no digamos la convivencia política sino la convivencia a secas. Sólo los enumero: *a*) el precario crecimiento económico que bloquea las perspectivas de mejoría económica a franjas amplísimas de la sociedad mexicana, *b*) la añeja desigualdad que impide generar —como quiere la CEPAL— un sentido de pertenencia a una comunidad mayor, por lo que en nuestro país sólo se reproduce un archipiélago de clases, grupos y pandillas sin auténticos puentes de comunicación e identificación, *c*) los fenómenos de corrupción y la impunidad que los

acompaña, porque nada corroe más la confianza en las instituciones que los reiterados casos de raterías que no obtienen sanción, y *d*) la espiral de violencia que ha inyectado altas dosis de zozobra a la ya de por sí contrahecha convivencia.

Porque (creo) si deseamos, como deseamos, fortalecer nuestra incipiente democracia es necesario ver más allá de ella y observar el contexto en el que se desarrolla, se asienta o se erosiona.

LA IZQUIERDA. EK ha tenido una relación tensa con la izquierda. Le ha reclamado desde el inicio —y con razón— su falta de compromiso con la democracia. Tanto en “Por una democracia sin adjetivos”, como un año después en “El gobierno, la izquierda y la democracia” (1985), reclamaba la infravaloración que en franjas monumentales de la izquierda existía de los regímenes pluralistas.

Y en efecto, el paradigma revolucionario fue hegemónico en la izquierda quizás hasta bien entrados los años ochenta. La democracia podía ser una buena exigencia o bandera, una estación de tránsito, un medio, pero no resultaba un fin en sí mismo. Las cosas han cambiado y hoy creo que (y no me gustaría equivocarme) el compromiso democrático de la izquierda es más robusto. El cambio democrático que vivió el país y que no puede explicarse sin la participación de la izquierda paulatinamente fue modificando su valoración de la democracia. De un medio —creo— se ha convertido en un fin. Y ello porque la izquierda, poco a poco, ha aprendido a convivir con otras fuerzas, ha logrado triunfos indiscutibles y creo que sabe que no podrá desterrar del escenario a los otros y está condenada a vivir con ellos. (Y si todo ello fuera poco, también por el desplome del mundo soviético, cuyo impacto en la izquierda mexicana si se quiere ha sido lento, errático, silencioso pero letal).

También tiene razón EK cuando critica a la izquierda por no haber realizado un corte de caja, un balance, una autocrítica con su pasado, no para realizar una especie de exorcismo, sino para erradicar todos aquellos resortes que en momentos determinados le impiden asumir y comprometerse con los valores y principios que le dan vida al régimen democrático. Estoy pensando en la reacción ante el levantamiento zapatista o ante la derrota de su candidato a la presidencia en el año 2006. En ambos casos —que son diametralmente diferentes— existió (en uno) una recaída en la fascinación por las armas, y (en otro) la denuncia de un fraude inexistente que de un plumazo revirtió la confianza en las elecciones que se había venido construyendo de manera lenta y complicada a lo largo de los años. (O en el terreno internacional: la defensa inentendible del régimen de gobierno cubano, negador de todas las libertades).

Pero, en ocasiones, EK no ha logrado ver los cambios que se gestaban en la izquierda y al calor del debate ha

sido injusto. Por ejemplo, en 1991 escribió un rudo artículo contra Cuauhtémoc Cárdenas, señalando “que él y su grupo quedaron marcados, fijos, en la experiencia de 1988... Cárdenas ha querido jugar, sin mayor éxito, el papel de presidente vicario”. Y comparaba su actitud con la de Vasconcelos en 1929. En aquellas fechas yo mismo estaba rompiendo con el PRD, porque no compartía su línea política. Pero en el texto de EK se olvidaba o no se valoraba algo sustancial que diferenció a Cárdenas de Vasconcelos. El primero había llamado a construir un partido y esa iniciativa no sólo edificó un marco para la expresión de la izquierda, sino que contribuyó al tránsito democratizador del país a través de una vía institucional. (Por cierto, que en no pocas ocasiones EK regatea). De igual manera, en el texto ya citado “El gobierno, la izquierda y la democracia” de 1985, despachaba con una sorna, para mí inexplicable, los planteamientos de Rolando Cordera que significaban una auténtica invitación a que la izquierda asumiera un compromiso democrático. Y digo inexplicable porque, visto de manera fría, esos planteamientos convergían en buena medida con las tesis de EK. Leamos algunos de ellos: “La tradición no democrática y las prácticas antidemocráticas permean a toda la izquierda mexicana”; la centralización de los medios de producción en la URSS “significa un alejamiento de cualquier posibilidad democrática”; “que el Estado se convierta en el propietario y gestor directo de los medios de producción es una tontería política”. Pues bien, en ese momento EK adjetivó a Cordera como neolombardista y no fue capaz de reconocer una confluencia de intenciones en relación a la democracia. En su combate no fue competente para apreciar los importantes cambios que se vivían en ese universo complejo y multidimensional al que por economía de lenguaje llamamos izquierda.

No obstante, en un punto medular tiene razón EK: una izquierda moderna está obligada a incorporar a su equipaje el legado liberal. Pero ojalá —digo yo— Enrique Krauze también pueda asimilar en sus reflexiones los aportes de otras tradiciones, en especial las que se preocupan por las profundas y lacerantes desigualdades sociales.

Escrito lo anterior llega a mis manos el tercer tomo de los artículos políticos de Krauze: *Democracia en construcción (2006-2016)*. Y quiero solamente hacer unos comentarios al prólogo.

Creo que, como deseaba Cosío Villegas, EK puede ser considerado un escritor político, alguien que, como él mismo apunta, realiza una “reflexión crítica sobre la política hecha con rigor intelectual, perspectiva histórica, exigencia literaria y temple liberal”. Los tres tomos dan muestra sobrada de ello. Y en efecto, los artículos recopilados irradian esas virtudes, que como

el propio Enrique reconoce están también marcados por una condena: “a la fugacidad, a la rápida obsolescencia. [Porque] lo que levanta pasiones un día, muere al siguiente”. No obstante, esta última afirmación es relativa. Sin duda, el tiempo deslava la pasión y la pertinencia de muchos de los escritos, pero, desde otra perspectiva, la que ofrece la historia, son documentos invaluable para reconstruir nuestro pasado inmediato, la confrontación de las ideas y proyectos que nos marcaron, el clima intelectual de una época. Y ello no es poco. Menos en un país —que como todos— tiene proclividad a la amnesia.

EK señala además que “una vez conquistada, la democracia resultó insuficiente”. Y es cierto. Pero hay que subrayar que hasta donde sabemos ese es el destino de todas las historias. Porque no hay metas finales y una vez que se alcanzan el horizonte se vuelve otro. Es cierto, “la democracia ha llegado, es un proceso en construcción: arduo, largo, incierto. Un proceso difícil”. Pero —insisto— si queremos robustecerla y asentarla será necesario ver más allá de los temas estrictamente políticos, para tratar de revertir las realidades económicas y sociales que constituyen un piso frágil para apuntalarla. No debemos seguir dando vueltas a la misma noria —la de las reformas sucesivas en materia política electoral—, tenemos que ampliar el campo de visión y asumir que las desigualdades que modelan nuestra convivencia impiden la construcción de un “nosotros” inclusivo y que ello genera tensiones que tienden a debilitar el aprecio por lo edificado en materia política.

Luego del largo recorrido, EK apunta que, si bien la travesía valió la pena, desmontar un sistema autoritario para construir una germinal democracia es algo de lo que deberíamos estar orgullosos como sociedad, no obstante, “no previmos los efectos colaterales del cambio”. Y apunta a “la irrupción de la criminalidad”, “los poderes fácticos”, “las inercias de la cultura política”, y algunos otros para ilustrar su dicho. Y tiene razón, pero reitero, es necesario pensar y reformar el escenario social en el que se reproduce de manera inarmónica (para decir lo menos) nuestra incipiente democracia si es que deseamos que dure, se extienda y se fortalezca.

EK expresa un deseo: “Ojalá que esta trilogía —bitácora personal del México contemporáneo— sirva para aquilatar el mérito histórico de nuestra transición, obra colectiva de la ciudadanía mexicana... La transición a la democracia en México no desmerece frente a sus pares europeas, aunque haya sido mucho menos celebrada y estudiada”. Y estoy convencido de que los tres tomos contribuyen a alcanzar esos fines. **U**

Enrique Krauze, *Por una democracia sin adjetivos (1982-1996)*, *Del desencanto al mesianismo (1996-2006)* y *Democracia en construcción (2006-2016)*, Debate, México, 2016, 446 pp., 433 pp., y 420 pp., respectivamente.